

I CONCURSO DE RELATOS

Ciudad de Valladolid

Inform@UVa

2016

I Concurso de Relatos ‘Ciudad de Valladolid’

Relatos finalistas

INFORM@UVA

(Convocatoria y coordinación)

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Universidad de Valladolid

I CONCURSO DE RELATOS 'CIUDAD DE VALLADOLID'

Este libro se distribuye bajo licencia Creative Commons by-nc-nd (Reconocimiento – NoComercial – SinObraDerivada): no se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.



Inform@UVa, junio de 2016

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Valladolid

Convocatoria y coordinación: Sandra Fernández Lombardía, Alicia García Recio, Alexandra Rodríguez Ibarra y Patricia Luceño Martínez.

Maquetación: Patricia Luceño Martínez.

Autores de los relatos: Leyre Losada Ayala, Alina Daniela Popescu, Unai Rojo Fernández, Diego Artime Muñiz, Aitor Ferrero López, Clara Nuño Gómez, Lidia Corral Dos Santos, Víctor Manuel del Pozo Gómez y Lucía Valle Gómez.

Ilustraciones: Manuel Sierra, Sansón, Jorge Consuegra, Diez Ovejas, Esther Escola Fiz, Concha Sánchez-Girón Martín, Elena Finat, Alberto Sobrino, Tayete y Celia Gallego.

Agradecimiento a María Ángeles Ruano por su ayuda en la corrección del volumen.

Este certamen se ha podido convocar gracias al patrocinio de Valladolid. Portal de tu ciudad, las librerías A pie de página, Librería EVA, Margen libros, MAXTOR y Primera Página y los establecimientos La Rata Escarlata, Malas Pulgas, Groove, Gondomatik, Penicilino, Morgan, Desierto Rojo, El largo adiós, Berlín, Kafka y Herminios Jazz.

Impreso en Valladolid (España)

ÍNDICE

Prólogo 7

¿Qué nos ha llevado a convocar un concurso de relatos? 9
Patricia Luceño Martínez

Categoría general 13

Mi pequeño amigo 15
Relato: Leyre Losada Ayala
Ilustraciones: Manuel Sierra y Sansón

Viaje a la tierra del cielo azul y aguas cristalinas 21
Relato: Alina Daniela Popescu
Ilustración: Jorge Consuegra

Anduve perdido 25
Relato: Unai Rojo Fernández
Ilustración: Diez Ovejas

Oda a mis fantasmas 31
Relato: Diego Artime Muñiz
Ilustración: Esther Escola Fiz

El barquero 37
Relato: Aitor Ferrero López
Ilustración: Concha Sánchez-Girón Martín

El viejo y la puta 43
Relato: Clara Nuño Gómez
Ilustración: Elena Finat

El plan revolucionario 49
Relato: Lidia Corral Dos Santos
Ilustración: Alberto Sobrino

El coloquio de los tiempos 55
Relato: Víctor Manuel del Pozo Gómez
Ilustración: Tayete

Premio del público 45

Ella, Valladolid 47
Relato: Lucía Valle Gómez
Ilustración: Celia Gallego

...

Prólogo

...

¿Qué nos ha llevado a convocar un concurso de relatos?

La respuesta a esta pregunta parece sencilla: difundir una marca. Pues bien, en plena era de la apología de la transparencia y en una plataforma periodística como *Inform@UVa*, que ha de estar regida –siempre y por encima de todo– por la honestidad, no podemos negar los beneficios promocionales que trae consigo el hecho de que nuestro logo aparezca por diferentes lugares de la ciudad y, vamos un poco más allá, asociado a nombres destacados de la vida cultural e intelectual de Valladolid. Sin embargo, y aunque hacer un ejercicio de reflexión a veces parece innecesario, la realidad no suele ser plana, sino poliédrica. Analicemos, entonces, sus diferentes caras.

Sí, queremos que se nos conozca. Pero esto, a pesar de lo que pueda parecer a simple vista, no responde a un ejercicio de amor propio, de buscar rentas a un trabajo que, a lo largo de estos diez meses de andadura, nos ha supuesto muchas horas y un tremendo esfuerzo (cuando uno se convierte en hacedor, se da cuenta de que todo cuesta un poco más de lo que parece). Responde, recuperando el hilo del texto, a un afán por trasladar historias, por reconocer méritos; pero no los propios, sino los de aquellas personas que llevan meses y años haciendo de la Universidad un motor de cambio de nuestra sociedad. Ninguna noticia cumple su función si no tiene, al menos, una persona que la lea. Hasta aquí, todo parece claro.

Pasemos a la cara número dos. Muchos han sido los objetivos que *Inform@UVa* se ha propuesto este año. Algunos se han conquistado con

relativo éxito; otros, que aún escuecen, han quedado en una bonita formulación teórica. Ninguno de ellos, sin embargo, ha sido aleatorio. Desde el principio hemos perseguido plasmar y, por ende, trasladar esa dimensión social de la comunidad universitaria. Un carácter que parece impregnar, de manera indiscutible, su propia naturaleza, pero que, si tenemos que ser sinceros, no siempre se concreta tras una autopsia de la realidad. Otras veces, en cambio, sí que lo hace. Son esas ocasiones las que hemos querido poner en valor y, por qué no, ser nosotros mismos una pieza, aunque sea pequeña, del cambio.

La Universidad, igual que cualquier otra institución, adquiere sentido siempre y cuando beneficie y entronque las necesidades de la sociedad. Sin embargo, aún cuesta derribar ese muro, invisible pero certero, que separa a ambos actores. Dar el primer paso siempre es complicado, pero es necesario (siempre lo ha sido, aunque ahora se percibe de manera más clara) reconquistar el espacio público, sea este un centro educativo, un ayuntamiento o una sala de exposiciones municipal. Como estudiantes, tenemos el derecho y el deber de reclamar a la Universidad todo aquello que consideremos conveniente. Ahora bien, no sería justo limitarnos a hacer esto, eludir la responsabilidad que tenemos como base y justificación de la propia existencia de la institución. Probablemente tengamos mucho más margen de maniobra del que creemos para presentarnos ante la sociedad como una inversión más que como un gasto.

Tercer motivo. En una profesión sesgada, en ocasiones, por individualismos exacerbados, debemos ser conscientes del valor de sumar, del poder que podemos adquirir como colectivo. ¿Por qué no empezar a forjar una nueva convivencia cuando aún no hemos dado el salto definitivo a la realidad laboral? Convirtámonos en ejemplo. Si bien es cierto que la andadura en *Inform@UVa* de este año ha tenido momentos y cuestiones muy valiosos, también ha habido sombras. Guiados por esa promesa de honestidad que adquiríamos en las primeras líneas del texto, admitiremos en este momento que, si algo ha faltado, ha sido identidad como grupo, trabajo codo con codo. En algunas ocasiones, nuestros esfuerzos han cristalizado en un verdadero y sano trabajo de equipo; en otras, como una predicción de lo que podría ser nuestro quehacer dentro de unos años, hemos optado por una autonomía o independencia que, sin lugar a dudas, ha hecho que nuestro

trabajo no haya brillado todo lo que hubiera podido. ¿Para qué nos ha servido, entonces, esta ilusionante convocatoria? Para conocernos, para enriquecernos con el talento de nuestros compañeros, para aprender unos de otros y para acabar tomando, algún que otro día, unas cañas que estaban debidas.

Como no sólo de cerveza vive el hombre, pasemos a esa cuarta razón que nos ha empujado a meternos en un lío como este. Sobra talento joven. No sólo en la Universidad, por supuesto, pero como responsables –al menos, un poquito– de lo que sucede entre nuestras paredes, queremos reconocer y visibilizar el fantástico saber hacer en el que muchos estudiantes llevan invirtiendo años. No solo en Periodismo, ni siquiera en nuestra facultad, sino en todos y cada uno de los campus y niveles educativos de la UVa. Nosotros apostamos por ellos.

Aunque podríamos ofrecer una casi interminable lista de por qué el I Concurso de Relatos 'Ciudad de Valladolid' es importante e, incluso, necesario, vamos a frenar en este motivo, que, como suele suceder en la vida, por ser el último no es menos importante. Nos ha parecido una excusa y un momento perfecto para potenciar ese carácter de enlace, de nexo entre la institución y la sociedad, en que hemos querido convertirnos durante este curso académico. Por ello, hemos abierto la convocatoria a toda la Universidad de Valladolid y hemos contado en su desarrollo con el apoyo, financiación y colaboración de los establecimientos, fundaciones, asociaciones y personas a título individual que, en este nuevo capítulo de la cabecera, han supuesto una ayuda incondicional sin la que no hubiéramos podido echar a rodar.

Con las explicaciones sobre la mesa, solo nos queda decir: ¡gracias! Ha sido un orgullo formar parte de esta convocatoria.

Patricia Luceño Martínez

...

Categoría general

...

Los ochos relatos que aquí aparecen, así como su posición en esta clasificación, fueron seleccionados por el jurado profesional, formado por Salvador Gómez, María Monjas, María Ángeles Sastre, Carmen Domínguez, Antonio Encinas, Laura Fraile, Paula Aguirrezabala, Juan Martín Salamanca, Elisa Delibes y Guillermo Garabito.

El primer filtro llegó de manos del jurado de Inform@UVa*, compuesto por Sandra Fernández, Alicia García y Alexandra Rodríguez.*

- PRIMER CLASIFICADO -

Mi pequeño amigo

Leyre Losada Ayala

Ilustraciones: Manuel Sierra y Sansón


SIERRA 2016

Hace 30 años que nos conocimos, y creo que ha llegado el momento de escribirte mi primera carta. Puedo imaginar tu expresión de estupor al leer esta misiva. ¿Ahora, después de tantos años? Cerrando los ojos casi puedo ver tu ceño, frunciéndose, intentando recordar cuándo fue la última vez que nos vimos. Admitiré que en mi búsqueda de las palabras exactas perdí la noción del tiempo; pero, por favor, sigue leyendo. Hay tanto que quiero contarte…

Deseo que sepas que aún conservo en la memoria el tacto de tus manos, que tantos rincones de mi cuerpo han recorrido. Tu forma de mirarme en ciertas ocasiones, vistiéndome con tus ojos de novedad aun cuando te acompañaba todas las mañanas de camino al estudio. En esos momentos mi piel adquiría la belleza de un secreto. Nunca pude contarte que entonces yo sonreía, encantada. ¿Sabes?, ahora al recordarlo me doy cuenta que nunca te importó que mi aspecto no fuera el más acertado. A ti te gustaban los pequeños detalles, ajeno al desastre general que lucía a veces. Parece tontería, pero son esos pequeños gestos los que me impulsaron a fijarme en ti.

De vez en cuando rememoro largas noches de fiesta. Te gustaba debatir de madrugada sobre literatura y cine; mientras, apoyabas la espalda en mi pecho y ambos observábamos a la gente pasear. Junto a esto me vuelven a la mente los paseos erráticos aquellos miércoles por la tarde. Te juro que yo intentaba distraerte, pero tu atención apenas reparaba en mi presencia. No sabes cuánto he deseado poder pedirte perdón por mi ineficacia. Yo solo quería alzar una mano, secarte las lágrimas, poder abrazarte… pero bueno, ambos sabemos que era imposible. Me limité a seguir caminando a tu lado, confiando en la llegada del jueves por la mañana. Te gustaban los jueves por la mañana; era el día que quedabas con Laura y os sentabais en alguna pequeña cafetería (siempre elegía ella, siempre acertaba) a escaparos por unas horas del mundo. Creo que, de toda nuestra historia, esos eran los

mejores momentos. Podía detenerme a observarte sin ser vista, y cada vez estaba más orgullosa de poder compartirte. "Ahí está, ese es mi pequeño ciudadano", les contaba a las palomas. Ellas ululaban y agitaban las plumas, y yo asentía calmadamente mientras tu café se enfriaba en la mesa.

La verdad es que debería haberte hablado de todo esto el último día. No te esperaba un lunes, sinceramente. Estaba demasiado ocupada ordenando mis corrientes, dirigiendo el tráfico por mis calles, y por eso no entendí al principio tu expresión. Fue tu mirada a mis campanas, cargada de una nostalgia hasta entonces desconocida, la que me puso sobre alerta. ¿Por qué me contempla así?, pensaba. Comencé a asustarme; me observaste extrañado, mis edificios iluminados bajo un cielo oscuro y nublado. Te acompañé en tu recorrido por la Plaza Mayor, moviéndome por las ventanas para no perderte de vista mientras intentaba entender. Quise detenerte al atravesarme camino al Campo Grande; quise interrogarte, conocer el motivo de tus pequeñas y rápidas miradas a todos mis detalles. Tus ojos me recorrían, temerosos y tiernos a la vez; casi parecía que intentabas memorizar mis calles y mis edificios. Y entonces lo comprendí. Y no pude hacer otra cosa que echarme a llorar, cubriéndome de un manto desvaído de tristeza. Fue la última vez que te vi.

No te he olvidado, mi pequeño ciudadano. Sé que eres feliz; sé que Barcelona te trata bien, y que también descubres en ella todos los rincones que amabas de mí. He de confesar que a veces lloro cuando pienso en tu marcha, y esos días me desbordo por las orillas, y mis calles se inundan de tus recuerdos. Otros días sonrío y pienso que volverás; y esos días mi piel se eriza, y mis edificios se alzan orgullosos, recortados contra el cielo. Te preguntarás, ¿entonces cuál es el motivo de esta carta?

Sólo quería recordarte que, tardes lo que tardes, tu amada Valladolid siempre estará esperando tu regreso.



- SEGUNDO CLASIFICADO -

Viaje a la tierra del cielo azul y aguas cristalinas

Alina Daniela Popescu

Ilustración: Jorge Consuegra



El continuo temblor del hermano que está sentado a su lado se mezcla con los golpes sin piedad del mar enfurecido y hambriento, que reclama su tributo por la travesía clandestina. Pero esta vez no se saldrá con la suya. Agárrate bien, hermano, agárrate bien a la barca y a la vida.

Se llama Rashid y lleva tres años huyendo. ¿O quizás cuatro? En sus casi veinte años, palabras como conflictos armados continuos, estado de beligerancia, ataques a campamentos de refugiados, venganza de los rebeldes, fueron su pan de cada día. De no haber sido por la guerra, su adolescencia habría sido feliz allí, en medio de la nada, sin vallas que pongan límites ni cielos con nubes de pólvora, y habría podido ir a buscar con alegría el agua que dominaba sus sueños noche tras noche. Aquel líquido de ligero color pajizo que les habían enseñado a usar con sensatez le obsesionaba tanto que su gran deseo en la vida era vivir cerca de él. De no haber sido por la crueldad y vileza de cierta gente con propósitos tenebrosos, habría crecido feliz cuidando del orgullo de su familia, dos cabras flacas pero bonitas, y habría tenido hijos con Maliqa, la chica con los ojos más negros y bonitos de todo el poblado. Pero la maldita guerra le quitó a su padre, cuyos restos nunca sabrá dónde descansan, y se llevó a su hermano mayor, a quien convirtieron en un niño soldado sin raíces ni piedad. Rashid ya era un adolescente maduro y curtido, y decidió llevarse a su madre, rota de dolor y flotando en un continuo estado de agonía, lejos, muy lejos de un mundo gris lleno de cantos fúnebres con forma de bombas, disparos, gritos desgarradores y dolorosos llantos.

El camino no fue fácil, todo lo contrario. Cruzar tantas fronteras de manera clandestina después de pagar todo cuanto ganaba desempeñando trabajos de lo más variopinto, vivir escondidos durante gran parte de tiempo, malcomer y dormir por turnos, estuvo a punto de

hacerle abandonar en muchas ocasiones. Especialmente cuando el gran desierto le arrancó lo último que le quedaba en este mundo: a su buena madre. No pudo vencer tanta adversidad, pese a que luchó como una jabata contra el agotamiento físico y sobre todo contra la falta de agua. Rashid siguió su camino con el corazón hecho añicos y, tras largos meses de humillaciones, trampas y perversidades, helo en aquella barca endeble, muy cerca de la última frontera antes de alcanzar una tierra de cielo azul y fuentes de agua cristalina. Atrás quedan los recuerdos de su infancia, el hambre y el sueño sobresaltado, atrás quedan Maliqa y las cabras vendidas por el poco dinero que les ayudó a emprender el viaje.

Agárrate bien, hermano, agárrate bien a la barca y a la vida. Allí está, rodeado del leitmotiv de su vida. Sólo que él siempre soñó con aguas límpidas y mansas, y ahora se encuentra con un mar proceloso enfrascado en una danza singular. De noche, todos sus hermanos, amontonados al fondo de aquella barca que parece un juguete, y él se mezclan en un solo color, el de la desesperación y angustia llevadas al extremo. La falta de alimento y los escasos sorbos de agua que les corresponden muy de vez en cuando los han dejado sin fuerzas. Son muchos días y muchas noches a la deriva, en garras de un destino que se muestra cruel desde que tiene uso de razón. El desmesurado temblor del hermano que se sigue agarrando con fuerzas al borde del bote le hace pensar por un momento que posiblemente este no sea su mundo. Que tal vez la última frontera que le queda por cruzar -¿también de manera clandestina?– le lleve a un cielo sin nubes donde no necesite ni alimento, ni agua, y la paz sea su religión para siempre.

Una ola enorme le devuelve a la trágica realidad que no desea y les suplica a la vez a todas las divinidades conocidas y por conocer, mientras que el estremecimiento del hermano de al lado desaparece dejando un enorme vacío que nunca podrá llenar. Destinos sin nombres ni apellidos se funden con la oscuridad.

Se llama Rashid y es de los pocos que pisaron suelo firme aquella noche. Llegó a la tierra de cielo azul y fuentes de agua cristalina y comenzará una nueva batalla por vivir, en una ciudad que nada tiene que ver con el poblado que lo vio nacer, pero que alberga todos sus sueños e ilusiones. Bienvenido a Valladolid, Rashid.

- TERCER CLASIFICADO -

Anduve perdido

Unai Rojo Fernández

Ilustración: Diez Ovejas


Cuando yo anduve perdido
Pude por fin
Encontrar
El Camino.
PER
DI
DO !!!
DU
AN
VE

Querida ciudad de Valladolid:

Las cosas podían haber sucedido de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así:

Anduve perdido. Tuve que ser Lazarillo, Don Pablos, Tom Jones y Guzmán todos juntos, y colmo era ya andar perdido que encima tuve que andar Cojuelo. Esperé el devenir como el coronel esperaba la pensión, con la esperanza de que "El día" llegaría. Aunque el mayor pesimismo de Schopenhauer reine en mi cabeza, al fin he aprendido a convivir con mi lobo, como así me lo enseñó Harry Haller.

Aún pasé más calumnias que el pobre de Forrest Gump en un mundo completamente ajeno a mí, enemigo de mi entendimiento, pero no le culpo: muchas veces he pensado que el destino quizá lo tenga escrito y no pueda huir de él como le pasó a Don Álvaro… que quizá la fortuna siga jugando a la ruleta conmigo y con Fausto, o a la rusa como en *Airbag*. Por si acaso así fuera… ¡Juguemos pues!

Anduve perdido. Ojalá Bécquer estuviera vivo para imitar una vez más mis amores, que, aunque muchas mujeres haya yo conocido en este tiempo cual Don Juan, siendo –casi– tan vividor como Lope de Vega, nadie podrá expresar mejor el amor que Quevedo, nadie lo sentirá tanto como Garcilaso. A pesar de tantas, únicamente soy conmigo fiel cuando escribo versos a mi Lesbia, como aquel viejo romano, aunque ella no me quiera.

De no existir el amor, ¿qué sentido tendría todo este gran teatro si no fuera más que una nimia representación tejida por los políticos de hoy día la cual observo desde mi butaca, donde ya tenía escrito mi nombre: Segismundo, y mi lugar de procedencia: "La casa de Asterión"? Rilke y Hölderlin me hablaban de la esencia, pero ¿y si lo que yo veo, sentado en esta butaca, no es mi realidad sino la suya? ¿Y si quien está a mi lado sentado es Platón y no estamos precisamente en un teatro sino en su caverna? ¡Ya me he cansado de dialogar con este sesudo griego! (Aunque a veces me guste, aunque a veces esta soledad sea la única compañía).

Anduve perdido. Cuando salí a la calle, me crucé a un vallisoletano de 1606 y este se pasó 410 años hablándome sobre la decepción. ¿Y si al final esto no es más que la copia de la copia de la apariencia de un engaño al más puro estilo barroco? A lo mejor es más complejo que un laberinto y tenemos que darle la razón a Borges; o quizá locura y sinrazón como una película de Jodorowsky, un verso de Panero en su mayor chute de cordura (y de perico), o el más prístino juego estético en la mente de Huidobro con Ludovico Einaudi sonando de fondo (lo cual estaría muy bien).

Pero seguí soñando y pronto topé con la esperanza: quizá todo esto sea tan verdad como el país de Lewis Carroll y en el más puro silencio de esta conciencia mía la voz de mi Daimón sea la que tiene razón. Ahora bien, ¿cuál de todas las voces dice la verdad si más máscaras poseemos que aquel apellidado Persona y somos a la vez un Alberto Caeiro, un Álvaro de Campos, un Ricardo Reis y que –¡lo más increíble!– sin dejar de ser todos somos nosotros mismos? O –y tan pronto vino la esperanza se fue– puede que ni sepamos quiénes somos y mucho menos sepamos quién es nadie y estemos condenados desde que nacimos a vivir por cien años en la más absoluta soledad de esta voz que nos engaña –que se ríe de nosotros– y solo tiene por seguro un viaje en una barca vieja junto a un viejo barquero quien tan efímero recuerdo hará el último día caer en el más puro olvido a no ser que mi musa escriba estas memorias al final de los palacios de invierno…

Anduve perdido. Nunca pude responder a Manu Chao a la pregunta *Quel heure est-il au Paradis?*; y no por ello mandé todo a la mierda como aquel loco-maldito francés hiciera con la poesía. Empecé a percatarme de mí cuando un poeta, antiguo profesor mío, le puso nombre a lo que me ocurría: melancolía; aunque para curarla no hubiera medicamento por mucho que tratara de inventarse, como bien aprendí de J.M. Álvarez y F. Colina. Mientras busco remanso, esta mala vida me apaga y se paga a medida que la vida me consume: mala vida no es sin mí, pero yo sin ella sí, precisamente sólo así se es y… ¡*that´s the* cuestión!, es decir, la cura.

Llegó un momento en que la vida no pedía el nuevo Renault Mégane recién salido de Fasa, sino afrontar; la lucha no era ya entre monchines y miguelones, sino contra uno mismo. Era menester alcanzar el valor necesario y sobreponerse a las adversidades en la gesta del vivir como Rodrigo Díaz de Vivar aprendiera en la misma Castilla de hoy, aunque, por otra parte, ¿qué sentido tendría hacerlo si nunca se cantarán mis hazañas?

Anduve perdido. Aunque no dejé de ser el mismo de Samosata, en diferente época, pero en un mismo lugar-espacio-mundo donde ya está todo hecho, todo dicho y sólo regocijarme a la sombra de un ciprés hace que crea en la ficción cuando la fantasía es dejar de ver. Muy a pesar de parecer el hombre un nuevo Robinson en este siglo mío, siempre seguiremos idealizando la vida, siempre pensando que "El día" llegará. Aunque como el más grande Don Quijote –Quijote tú, Quijote yo, Quijote todos– nadie termine de comprender ni de comprenderse, podremos decir con orgullo que nunca hemos dejado de soñar con molinos, que nunca dejaremos de vivir en La Mancha, que nunca dejé de ser *Alonso Quijano, el bueno.*

Todos ellos son personajes del libro de nuestras vidas, pero tú, amiga mía, viste nacer al primero que me enseñó la literatura, gracias al cual,

cuando yo anduve perdido

pude por fin

encontrar

El Camino.

- CUARTO CLASIFICADO -

Oda a mis fantasmas

Diego Artime Muñiz

Ilustración: Esther Escola Fiz



Existe un sinfín de silencios distintos. Algunos son pesados y cálidos, y se amoldan a tu boca ahogando las quejas pronunciadas con el pensamiento a la par que te sumergen en un mundo donde lo real sólo existe si se ha dicho en voz alta. Otros, incómodos, juegan con las lenguas entumecidas y dan vueltas y más vueltas mientras ríen saludos impronunciables. Los más esquivos, amantes de la vergüenza ajena, se esconden entre verbos auxiliares y saltan con pericia allí donde ven un punto y aparte.

Este es un silencio de expectación. La gente, acomodada en sus butacas de tela roja, espera con paciencia a que el próximo sujeto de prueba aparezca sobre el escenario y les deje una nueva actuación con la que poder ensañarse. Yo, con mi traje oscuro y mi pajarita ladeada, soy ese sujeto.

Tengo miedo, creo. Sudo como si mi único objetivo en la vida fuese superar en mi camisa el caudal del Amazonas. Ante mí, un precioso piano de cola aguarda en el centro de una tarima iluminada por docenas de focos y miradas ansiosas. Mientras me aliso por última vez la chaqueta, no puedo evitar buscar con la vista, en el techo, el origen de toda esa luz.

De repente, me viene a la memoria una tarde, hace muchos años, en la que un sol de justicia castigaba sin compasión los tejados de la ciudad donde nació Delibes. Tú querías jugar al escondite en las calles que rodean la inacabada catedral. Era tu juego favorito: huir de mí, y reírte a pierna suelta mientras observabas desde algún trono inalcanzable cómo me esforzaba por hallar tu rastro. Patético.

Pero, aquel día cien veces maldito, me negué a seguirte el juego. Yo quería hacer algo nuevo, explorar un callejón sin salida, recorrer adoquines que aún no habíamos hollado con nuestros pies infantiles.

Clavaste un mohín de película, como si fueses Audrey Hepburn ensayando ante un extra especialmente imbécil, y echaste a correr. ¡Cómo corrías! Como si el viento te hubiese adoptado y te llevase a lomos de un etéreo caballo hacia el cielo azul añil.

Atravesaste mil calles sin apenas pisar la acera; rozaste con las yemas de tus dedos las ásperas paredes de cien iglesias distintas; robaste el protagonismo a los edificios de piedra blanca, a las plazas repletas de gente, a los ídolos esculpidos para ser venerados por generaciones venideras. Las casas te abrieron camino, rendidas, hasta que el río detuvo al fin tu paseo triunfante.

Me esperaste, con una sonrisa radiante en tu rostro sonrojado por el calor, arrancando unos hierbajos que crecían entre las piedras. Cuando logré alcanzarte, jadeante y con los pulmones pidiendo la hora, te pusiste de pie como si nada hubiese ocurrido y te subiste, para mi horror, a un bajo muro que bordeaba el cauce crecido. "Un pasito. Y otro. Y otro más", susurrabas, concentrada en mantener el equilibrio sobre tus diminutos pies. Intenté seguirte, cogerte, obligarte a descender de aquel pedestal que no hacía honor a tu existencia.

Pero, de nuevo, no pude. "Un pasito. Y otro. Y otro más", repetiste como un mantra, girándote para dedicarme una última burla. Y te caíste. Creo que fue el viento el que te traicionó, celoso de tu velocidad, de tu ligereza; celoso porque ya nadie le envidiaba a él. O fue el Pisuerga el que te raptó, curioso por lamer tu cuerpo, por acariciar tus hoyuelos, por mecer entre sus aguas a una sirena de verdad. Quizás fue la ciudad la que te quiso devolver al cuento del que habías salido, y por eso dejaste como único recuerdo de tu paso fugaz un zapatito azul que solo pude devolver a una lápida de mármol.

La luz parpadea, rabiosa, y regreso al presente. Respiro hondo y avanzo. Un pasito. Y otro. Y otro más. Sobre una tarima de madera barnizada; sobre un muro de piedra resbaladiza; entre la música y los tigres hambrientos; entre la vida y el adiós prematuro.

Y salto. Como saltaste tú. Como saltó mi universo enteró cuando te vi desaparecer entre las aguas. Me lanzo, con afán suicida, hacia una melodía incompleta que resquebraja mis dedos contra las teclas del piano; que alimenta a las fieras salvajes que dormitan en mi interior; que

destruye una identidad ya perdida y enterrada bajo una montaña de libros de autoayuda. Es mi mejor obra; mi única obra. Jamás la volveré a tocar, pues la he escrito para un recuerdo que ya ha dejado de existir.

Y la gente rompe a aplaudir. Como tú te rompiste. Como me rompiste a mí.

- QUINTO CLASIFICADO -

El barquero

Aitor Ferrero López

Ilustración: Concha Sánchez-Girón Martín



El azul y el blanco de la barca se confundían con el turquesa de las aguas. La nave, amarrada con una cadena de eslabones que se retorcía sobre una de las dos bitas de hierro desteñido y oxidado que hacían las veces de embarcadero, se mecía con suavidad, empujada por la débil brisa que corría aquella tarde de primavera. El barquero, sentado en la bancada de proa, miraba, casi sin pestañear, a dos niños que, a unos metros, caminaban detrás de un pavo real. Restaba así allí, inmóvil, atento a la estampa barroca que se ofrecía ante sus ojos, ya cansados y viejos, de un azul verdoso o un verde azulado y hundidos en unas cuencas por las que se extendían las arrugas propias de la edad.

Llevaba en el parque muchos años. El estanque era su mundo y, la barca, su patria. Montado en ella, había visto crecer a la prole provinciana que pasaba los domingos en las avenidas de aquel jardín poblado de olmos y aves, acumulador, en su espesor romántico, de tantas historias contempladas por los rostros pétreos de antiguos alcaldes y poetas, mudos por solemnidad, destinatarios, en su silencio, de la gloria que da la muerte y que se materializa, en la práctica totalidad de ocasiones, en el recuerdo del significante y el olvido del significado. Nada de esto pensaba el barquero, sumido en la contemplación de los juegos infantiles con los que pretendía alejar de su cabeza los recuerdos que se acumulaban desde que aquella mañana viese, mientras recorría la calle que discurría contigua a la Academia castrense, a la Mujer. Cubierta por una chaqueta de color verde pálido demasiado grande para su cuerpo enclenque y encorvado hacia adelante, envoltorio de las miserias que le había tocado vivir, caminaba despacio, con pasos cortos. De su hombro izquierdo colgaba un bolso negro cuyos bordes estaban deshilachados por el uso y el paso del tiempo, el mismo que vestía cuando el barquero la conoció. Por aquel entonces, la luz blanca del juzgado exponía con crueldad aséptica las marcas y defectos de la

prenda, detalles en los que se fijaba el barquero mientras la voz del fiscal, templada en clases de oratoria, acusaba a su primogénito de haber violado y matado a la hija de aquella mujer dos días antes de que hubiese cumplido veinte años. No lloró la Mujer durante el juicio. Su cara permaneció inexpresiva, sus ojos enrojecidos por las lágrimas que ya no le quedaban y sus pómulos marcados por el contraste con el hundimiento de las mejillas que el proceso había acelerado.

Llegaban todas estas imágenes a la cabeza del barquero como una procesión pagana. Sin desviar la mirada de los niños que jugaban cada vez más lejos, era incapaz de alejar todo aquello que, hacía solo unas horas, esa breve aparición le había hecho recordar. La vista de esa mujer, símbolo máximo del patetismo y la degradación en la que cae el ser humano cuando se le arrebata lo que más quiere, había despertado en él un sentimiento que nunca lo había abandonado del todo. Veía el barquero ahora los hilos que se desprendían del bolso y de los que no apartó la mirada mientras el abogado describía los pormenores del crimen que había cometido su hijo, su único hijo. No apartó la mirada cuando escuchó cómo había colocado el cuchillo en el cuello de la chica, atravesando la piel con suavidad con un corte superficial y limpio del que brotó un primer hilo de sangre. No apartó la mirada cuando escuchó cómo la había arrastrado hasta la esquina del portal y tapado su boca con la mano para impedir que gritase. No apartó la mirada cuando escuchó cómo el filo del arma había desgarrado su sexo.

Sentado en su barca, amarrada en la orilla del estanque y bautizada con nombre de ave pura, odiaba el barquero a esa mujer que había decidido salir aquella mañana de casa. Aborrecía la tristeza que desprendía su figura, lo patético de sus andares. Detestaba las emociones que tantos años le había costado adormecer y que le dolían sin que pudiese anestesiarlas. Se convencía el barquero de que ya había pagado sus faltas. Había pasado noches enteras intentando comprender cómo el hombre que tanto se parecía a él, al que había criado, había sido capaz de destrozar tantas vidas para satisfacer un capricho tan primario. Nunca había logrado el barquero averiguar el porqué del comportamiento de aquel que era sangre de su sangre, a quien odiaba por haberle hecho cargar con ese estigma, por haberle marcado con la cruz de un sacrificio *abrahámico*. Sentado en su barca, con la mirada fija en el sitio donde los niños hacía rato que se habían marchado, recordaba

el barquero cómo, una tarde de invierno, denunció al criminal que la justicia buscaba ante un policía que se compadeció del padre que entregaba a su hijo.

El sol se ponía tras el espesor de los árboles y, sus rayos, que atravesaban el ramaje, incidían en el estanque, otorgándole ese brillo melancólico propio del ocaso. El barquero, ahogado por una culpa que nunca había podido redimir, desamarró la nave y, dando una patada a la orilla, la impulsó hacia el interior. Sólo se escuchaba el surtidor de la fuente que nutría la pequeña laguna, cerca del islote cerrado a los visitantes del parque, y el rumor de la brisa que movía las hojas. Se incorporó el barquero y contempló allí, solo, su reflejo en la superficie. Sobre el agua se proyectó su silueta, difuminada, desgarrada por el vaivén de las aguas.

- SEXTO CLASIFICADO -

El viejo y la puta

Clara Nuño Gómez

Ilustración: Elena Finat



Volutas de humo impregnaban el ambiente. La habitación era pequeña, austera. Una cama con las sábanas revueltas, una pequeña mesilla y una jofaina componían todo el mobiliario. La ventana, entreabierta, permitía que la brisa nocturna agitara suavemente unas cortinas desgastadas por el paso de los años.

El escritor, de rostro ajado, viejo, chupaba furiosamente un cigarro consumido. Tumbado como estaba, desnudo sobre el revoltijo de trapo, parecía un pellejo vacío al que le quedasen apenas unas gotas granates en el fondo. La mirada perdida en el humo que amenazaba con fundirse en la oscuridad de la noche.

– Que veinte años no es nada que, febril la mirada, errante en las sombras te busca y te nombra…

– Cállate –dijo secamente. Ella obedeció sin mediar palabra. Sin levantar la vista siquiera.

– Que veinte años no es nada –repitió el viejo, clavando los ojos en los de barro de su compañera de cama. Veinte años habían pasado ya desde su último estertor como literato. Centurias desde la última vez que una mujer cayera rendida en sus brazos sin un fajo de billetes de por medio. Ahora frecuentaba burdeles baratos. Putas, las había visto de todos los tamaños y colores. Rubias despampanantes que apestaban a colonia, pelirrojas de bote con falsas pecas en los labios de venus o latinas de cuerpos redondeados y labios carnosos. Niñas y viejas pintarrajeadas que le recibían indiferentes con la misma sonrisa de cartón. Noche tras noche hasta que se habituó, como perro amaestrado, a llamar a un solo portal y caer en un camastro al que ya se había amoldado su cuerpo escuálido.

Ella, una mujer corriente. Pelo marrón y cara marrón y ojos marrones. Todo marrón. "Mediocre", pensó la primera vez que se refociló con aquella mesalina llena de estrías. Pero a ella no parecía importarle. Era feliz canturreando tangos en la madrugada, comiendo arroz blanco y mesándose el cabello lacio. Él se contentaba con la compañía de un ser tan simple; que estuviera callada, como si escuchase, cada vez que le leía su última pieza.

El día que el fracaso llamó a su puerta, un diario de provincias le ofreció una columna mensual que aceptó, pensando en un salvavidas pasajero al que asirse. Volvería a brillar, aunque fuese con la luz de las estrellas muertas. Pero la realidad engulló al deseo y dos décadas después seguía vomitando tinta en las páginas de *El Norte de Castilla.* Tras haber escrito de todo, las palabras se le agarrotaban en los nudillos. Pasaban las horas y los minutos y los segundos mientras se afanaba en terminar otro texto que, como los demás, quedaría huérfano, usado como servilleta en la barra de algún bar. Esa noche lo leyó y, por primera vez, se atrevió a preguntarle.

– ¿Qué tal?

– ¿Eh?

– Que qué te ha parecido mi texto –murmuró con un deje de irritación.

– Ah, malo, como todos los demás. Pero me gusta escucharte, me ayuda a dormir.

– Podría escribirlo todo sobre vosotras, criaturas vacías al servicio del hombre –escupió con rabia.

– Hazlo, cuéntale al mundo cómo mamamos de la fuente rota de la que nadie más quiere beber, para luego ser tildadas de escoria –le espetó con voz firme. El viejo, mudo, observó cómo aquellos ojos de lodo le devolvían el reflejo de un hombre derrotado, de un perdedor. Humillado, trató de defenderse balbuciendo torpemente:

– Sólo soy una víctima más del lenocinio.

Ella, al verlo en un estado tan deplorable, estrechó su cuerpecillo entre sus senos, acunándolo dulcemente. Le apartó el pelo cano, empapado en sudor, del rostro mientras susurraba:

– Tranquilo, no eres más que otro putero.

Y el hombre, con los ojos inundados se apartó de su abrazo y se levantó del camastro y se acercó a la mesilla y recogió las hojas desperdigadas por el suelo y enarboló un bolígrafo y se dispuso a escribir la última historia, la de un viejo y una prostituta. Mientras, Valladolid entera dormía ajena de lo ocurrido en un pequeño cuartucho de la calle Menta cuyo único testigo, el humo de un cigarro, había decidido escapar por el resquicio de una ventana entornada.

- SÉPTIMO CLASIFICADO -

El plan revolucionario

Lidia Corral Dos Santos

Ilustración: Alberto Sobrino


Sobrino

Amanece en Valladolid. Una joven holandesa levanta la persiana de su pequeña habitación mientras bosteza. Es un espléndido día de mayo. Mientras escucha los gritos de sus compañeros de piso, ella ordena su habitación y hace la cama. A los pies del cabecero encuentra un panfleto de la última movilización estudiantil que organizó junto a él, el joven moreno que aparece en las fotografías colgadas en su pared. Su compañera de piso entra corriendo en su habitación:

– Katrien, ya estás otra vez suspirando por Jorge –suelta entre carcajadas y sale hacia el salón canturreando: "Katrien está enamorada de Jorge".

Nuestra protagonista le lanza la almohada, pero a duras penas llega. Pero su amiga tiene razón: desde el primer día que le vio se quedó prendada de sus ojos oscuros. Era el presidente del Comité Estudiantil y estaba reclutando compañeros para organizar una manifestación antifranquista. "¡El caudillo está dejándonos sin derechos!", gritaba mientras repartía panfletos. Y ella, recién llegada a la ciudad, solo quería seguir viendo a diario esos ojos que la habían encandilado, así que se acercó al joven:

– Tú no eres de por aquí, ¿verdad? –le dijo él.

Ella, que casi no hablaba el idioma, le sonrió tímidamente y contestó: "Soy de un pueblo de Holanda, vengo a estudiar a Valladolid por unos meses".

Él le sonrió y la invitó a tomar algo esa tarde. Algo nació en aquella merienda que compartieron en la Plaza Mayor.

Ahora ya lleva cinco meses y cuatro noches de calabozo. Pero siempre con él. Siempre feliz de luchar junto a él. Y es que, cuando se está

enamorado, los daños son menos dolorosos. Y no le importaba lo mucho que tuviera que correr delante de 'los grises' si veía a Jorge hacerlo a su lado.

Esta tarde han quedado para tomar chocolate caliente cerca de Fuente Dorada. Mañana sale el vuelo de Katrien y quieren despedirse después de tantos meses siendo amigos. Además, Jorge quiere contarle sus planes revolucionarios. Ella siempre pensaba que Jorge era el joven con los ideales más claros que había conocido en su vida. Katrien llega a la puerta de la chocolatería con bastante tiempo de antelación: sabe que Jorge llegará tarde porque siempre encuentra alguna causa sobre la que interesarse. Ella cree que esa tarde él le declarará su amor. Se sonroja. Piensa en que puede que se besen. "Por fin", piensa.

Pasan las horas y empieza a hacer frío. Empieza a recordar su pueblo y que no tienen temperaturas como las de Valladolid: "Me habían engañado con el clima, anda que venir desde Holanda a pasar frío a España…", piensa mientras mira el reloj. "Hace dos horas que he quedado con Jorge, dónde se habrá metido". Entra en el local a pedir un chocolate para entrar en calor mientras se preocupa por qué le habrá pasado a su amado. Anochece en la ciudad y no le queda otra que volver a su casa. Tiene que hacer la maleta. Esa noche tiene que coger un autobús hacia Madrid porque su vuelo sale la tarde del día siguiente.

Se despide de todos sus compañeros de piso en una cena sorpresa que le habían preparado. Pero ni la abundante comida hispano-holandesa ni las risas al recordar los buenos momentos juntos consiguen hacer que olvide que no se ha podido despedir de él, de su moreno de ojos oscuros, de su Jorge.

Me acuerdo del día que esta historia llegó a mis oídos.

Hace unos años, decidí hacer el Camino de Santiago. Me dijeron que me vendría bien para superar la muerte de mi madre, que me ayudaría a encontrar la paz conmigo mismo. Un día, en medio de una etapa, me pilló por sorpresa una gran tormenta. Tuve que cambiar mi ruta y resguardarme en un albergue en medio del campo. Estaba en un pueblo pequeñito de la provincia de Burgos. Cuando paró la tormenta

descubrí que el albergue tenía un maravilloso jardín que hacía las delicias de todos los peregrinos que allí nos encontrábamos.

Había gente de todas las nacionalidades y unos cuantos comenzaron a hablar de lo difícil que había sido la jornada. Unos jóvenes tenían una guitarra e improvisaron una canción que hizo que el aire que allí se respiraba pareciera sacado de un oasis. Y entonces la vi. Una señora de unos 70 años que estaba sola en una esquina del jardín. Estaba escribiendo en su diario. No parecía española, así que, en un intento de socializar, me acerqué a ella. Para mi sorpresa, hablaba un perfecto castellano y nos hicimos muy amigos. ¿Su nombre? Ya os lo podéis imaginar.

Me contó cómo había aprendido a hablar tan bien. Hicimos muy buenas migas porque yo era vallisoletano y le refresqué la memoria con los cambios que habían acontecido en mi querida ciudad. Cuando le pregunté si había vuelto a Valladolid, su cara cambió. Me acuerdo de ese preciso momento y de su mueca de tristeza. Y aquí es donde ella me relató su paso por Valladolid y su desamor con el joven revolucionario.

Mis amigos siempre me habían echado en cara lo aburrido y poco dado a las aventuras que era, así que me armé de valor y empujé a Katrien a que buscase a su amor de juventud, a su amor verdadero, del que dijo recordar todavía su dirección. Pero se hizo de noche y a las 10 había que apagar luces. A la mañana siguiente yo cogía un tren con destino a Valladolid porque tenía que regresar al trabajo y no volví a saber de ella.

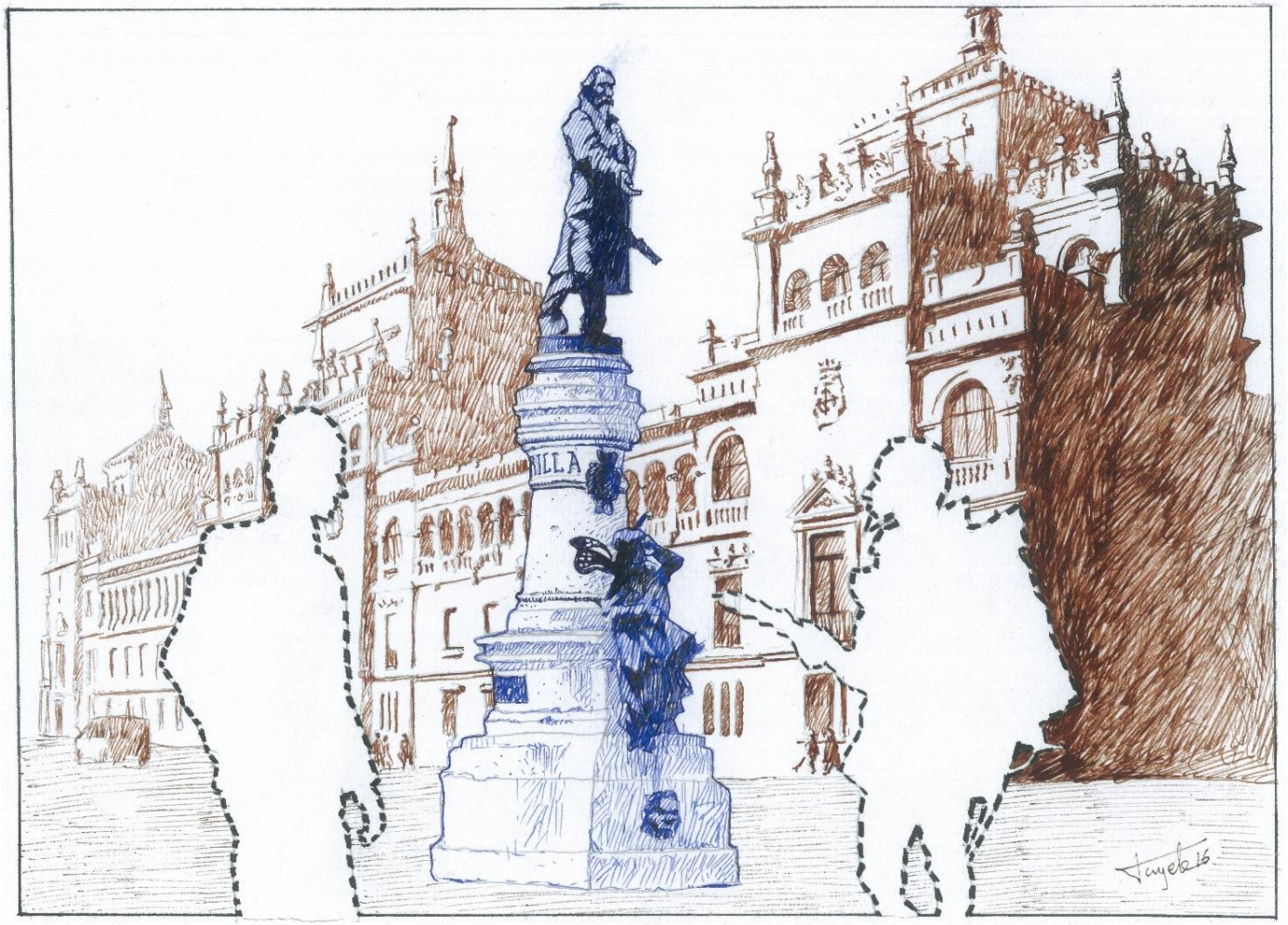
Hoy mi padre me ha llamado. Dice que se muere, que no quiere vivir más. He ido a su casa, cerca del Calderón a cuidarlo y a convencerlo de que todavía tiene mucha vida por delante. Han llamado al timbre. Mientras yo estaba en la cocina preparándole un café, él ha ido a abrir la puerta. Y he oído gritos. Y he oído llanto. Y los he visto a ellos. A mi padre, Jorge, y a Katrien.

- OCTAVO CLASIFICADO -

El coloquio de los tiempos

Víctor Manuel del Pozo Gómez

Ilustración: Tayete



Desde que tuve aquel accidente hace un año, cada mañana salgo a dar un paseo por el centro de la ciudad de Valladolid. Es para mí un momento mágico, pese a estar sumido en tal rutina que incluso las personas con las que me encuentro o las palabras que intercambiamos tienden a repetirse.

Comienzo en la calle de Miguel Íscar, contando los pasos que faltan hasta cruzarme con Cervantes.

– Buenos días –saludo.

– ¿Qué tienen de buenos? ¡Madre mía, qué calor! ¡Voto a Dios que hace un día de perros! ¡Si estos pudieran hablar, se reunirían en singular coloquio para quejarse de aquesta infernal temperatura! ¿Pero qué digo? ¿Perros hablando? ¡Qué magnífica idea! Os dejo, que he de anotar esto antes de que se me olvide.

Casi sin darme cuenta llego a la plaza de Zorrilla. El edificio de Caballería se refleja en la fuente creando una imagen singular. No existe el día en que me resista a desviarme de mi ruta para adentrarme por los frondosos jardines del Campo Grande, vacíos a estas tempranas horas. Sentado en un banco del paseo principal, un anciano se encuentra leyendo *El Norte de Castilla*:

– ¿Disfrutando de su jubilación, Don Miguel?

Él siempre me mira sorprendido. Sus ojos preguntan: "¿Nos conocemos?"

– Anhelo mis tiempos dorados en la redacción de este periódico –dice señalando el ejemplar que sostiene entre las manos-. Pero también disfruto de mi tiempo libre, ahora que dispongo de él, escribiendo. Incluso algún domingo, agarro la escopeta y salgo de caza.

– ¿En qué anda inmerso ahora?

– Eso es secreto profesional. Lo que sí puedo decirle es que se trata de una novela histórica. Su protagonista pasa justo por aquí, por donde nos encontramos, montado en un borrico, camino al quemadero que estaba ahí adelante –señala con su dedo la entrada al parque por el Paseo de Filipinos-. Y ahora ¡váyase! ¿No ve que estoy intentando leer y me distrae?

Abandono a Miguel Delibes y continúo mi camino a la Plaza Mayor por la calle de Santiago, donde siempre me encuentro con un enfurecido Cristóbal Colón deambulando inquieto mientras maldice al cielo, ante la indiferencia de cuantos pasan por su lado.

– ¿Qué sucede? –pregunto más por educación que por verdadero interés.

– ¿Que qué sucede? ¿Acaso no lo ven vuestros ojos? ¡Aquí! ¡En este lugar debería alzarse el convento de San Francisco, donde deberé ser enterrado! ¿Y con qué me encuentro? ¡Con casas! ¡Casas! ¿Puede vuesa merced creérselo? ¿Dónde están los reyes? ¡Exijo ver a los reyes!

– Hay que ver, Cristóbal, todos los días la misma cantinela. Sígame, y le llevaré con ellos.

Colón no es hombre de muchas palabras. A la historia se le olvidó mencionar eso. En silencio le acompaño hasta la plaza de Santa Cruz, donde los Reyes Católicos observan atónitos la fachada del palacio en compañía del cardenal Cisneros.

– ¿Qué clase de insulto es este? –protesta la reina indignada.

– Templaos, Isabel. Estoy seguro de que servirá perfectamente a nuestros menesteres.

– Lo siento, Fernando, pero este no es el palacio que encargamos. No me gusta y no lo quiero.

El cardenal Cisneros se acerca a la reina y esbozando una amplia sonrisa propone:

– Si vuestra majestad lo autoriza, estaría encantado de hacerme cargo de este palacio, al que podría llamar "de la Santa Cruz", por ser este un símbolo muy venerado por mí.

Interrumpiendo la conversación, Colón se encara con los reyes:

– ¿Dónde está el convento de San Francisco?, ¿quién lo ha sustituido por vulgares casas?

No entiendo cómo los reyes no le mandan ejecutar aquí mismo por su falta de respeto, pienso cada día mientras pongo rumbo a la iglesia de La Antigua, donde me encuentro a Quevedo, sentado en un banco, repitiendo una y otra vez:

¿Qué lleva el señor Esgueva?

Yo os diré lo que lleva

Lleva, sin tener su orilla

árbol ni verde ni fresco,

fruta que es toda de cuesco,

y, de madura, amarilla;

– Disculpe, caballero –exclama cuando paso a su lado-. ¿Acaso se ha secado el Esgueva? Juraría que anoche discurría por aquí mesmo. Estoy escribiéndole unos versos, pero, sin tenerlo delante, la inspiración me desaparece…

– El río ya no pasa por aquí.

– ¿Cómo así?

– Fue desviado –es mi escueta explicación.

- ¿Desviado? ¿Es que los ríos pueden ser movidos a voluntad? ¡No!, ¡no digáis más!, ¡no quiero saber! –enfadado se aleja calle arriba, en dirección a la catedral. Apenas me alcanza el oído para escucharle decir por última vez: "¡Desviado! ¡Qué barbaridad!".

Camino a la plaza de San Pablo, recorro la calle Fray Luis de Granada y allí me encuentro con José Zorrilla saliendo de su casa.

– ¿Le sucede algo? –pregunto preocupado al ver su cara pálida-. ¡Pareciera que hubiera visto un fantasma!

– En realidad lo he visto. Pero no hoy, sino hace años.

– ¿Cómo dice?

– De niño vi en esta casa a una mujer que decía ser mi abuela. Mi madre jamás me creyó y ahora descubro, por un viejo retrato, que aquella mujer existió realmente y que era mi abuela Nicodema.

– Bien. Misterio resuelto, entonces.

– ¿Bien? Decís eso porque desconocéis que Nicodema falleció años antes de que yo naciera.

"Si él supiera…", medito dejándol0 atrás. Pero no todos lo saben. Alcanzo la plaza de San Pablo, última parada de mi paseo.

– Algún día tú serás el rey de las Españas y habrás de ser un gobernante sabio y justo –vuelvo la mirada en busca del autor de esas palabras y me encuentro con Carlos I paseando con su joven hijo.

– ¿Pero seré mejor rey que tú? –pregunta para su sorpresa Felipe II.

Nunca alcanzo a escuchar la respuesta del rey porque en esos momentos comienzo a sentirme liviano y poco a poco mi cuerpo se desvanece. No me preocupa; mañana volveré para dar mi paseo. No siento miedo, pues los muertos no podemos sentir.

...

Premio del público

...

El relato seleccionado fue elegido por los lectores de la revista en una votación abierta en la página web. Ella, Valladolid *fue el favorito de 56 de las 258 personas que votaron entre el 31 de mayo y el 4 de junio de 2016, lo que supone un 21,7% del total de sufragios.*

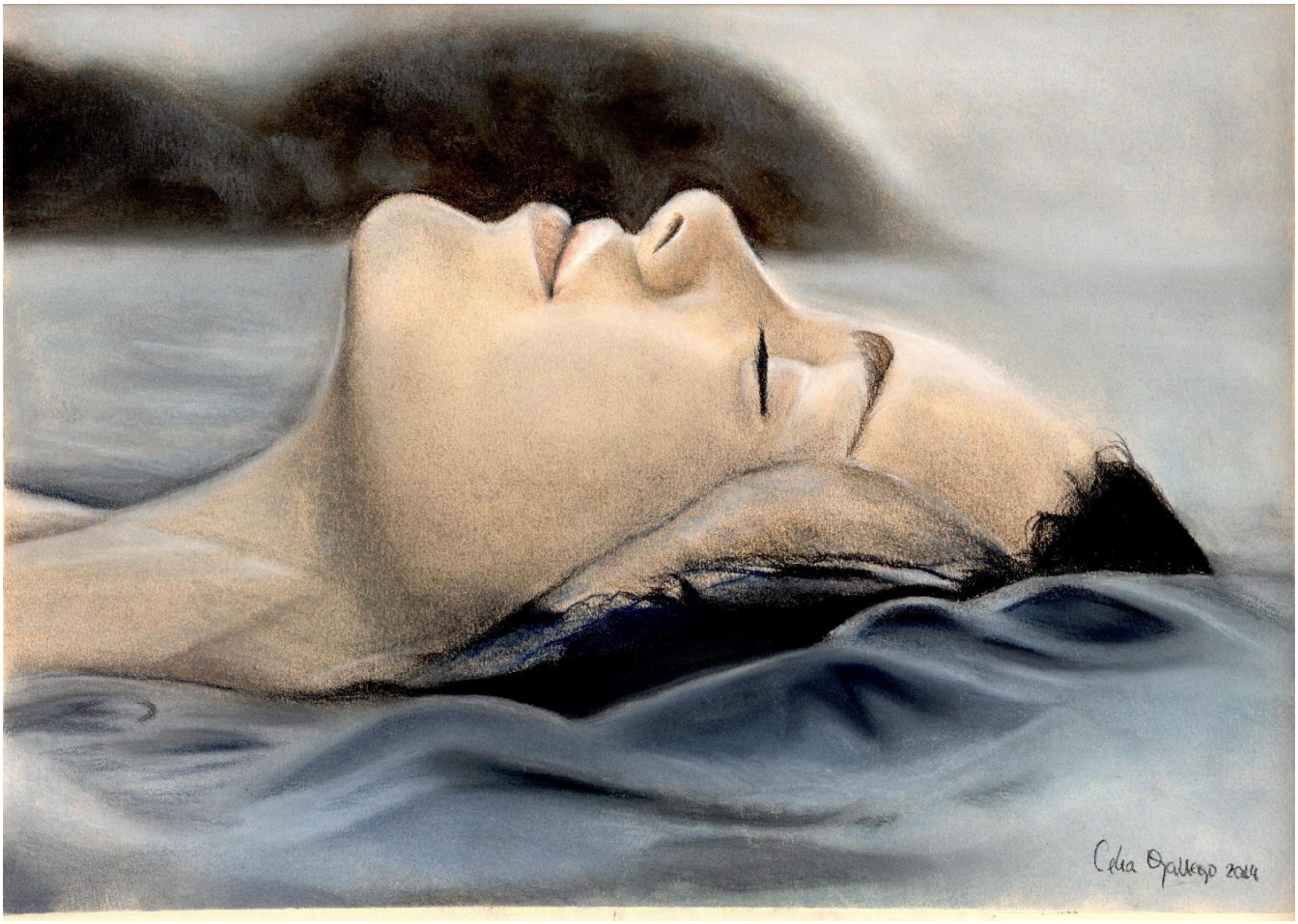
El público tuvo la oportunidad de elegir entre los veinte relatos preseleccionados por el jurado de Inform@UVa*, compuesto por Sandra Fernández, Alicia García y Alexandra Rodríguez.*

- PREMIO DEL PÚBLICO -

Ella, Valladolid

Lucía Valle Gómez

Ilustración: Celia Gallego



Después de un año en Valladolid por fin conocí a la vallisoletana que daba razón al gentilicio de sus gentes. Por fin la conocí, y supe la razón y el modo, por el que este valle recibía esa gran cantidad de horas de sol que hacían brillar a la ciudad que en él se encontraba. Era ella, ella daba sentido y luz a Valladolid.

El primer día que la vi, ausente, distraída pero dinámica en la tarea que afrontaba, supe que era madre. Quizás ese día estaba nublado, pues no daba la luz que intuí que desde ella se podía llegar a proyectar. Aun así, la miré, la escuché, me dejé enamorar por el brillo y el calor que se escondían aquel día entre su voz y su mirada. Me enamoré aun a sabiendas de que brillaba para su gente, su familia, vallisoletanos como ella. Y yo, aunque doncella, no era una *pucelle*, una pucelana como todas aquellas.

Pero pobre de aquel que no se deje enamorar por la más nimia y simple cosa que la vida nos pueda dar; bien sea un rayo de sol, un olor o una canción; un paisaje, el silencio o una buena conversación… Pobre de aquel que no deje su cuerpo vibrar con una sonrisa, con una mirada o con un recordar. Es algo concreto que forma parte del tiempo, es un instante o una sucesión de ellos. Me enamoró como sólo lo hacen las cosas bellas. Y yo, como alma libre que soy, que ni voy ni vengo, que ni tengo ni me falta, me dejé llevar, me dejé disfrutar… Porque no hace falta más, porque el amor es lo que le da sentido a la vida, y hay que dejarlo pasar. Y así pasó el invierno, entre las luces y los diferentes brillos de la ciudad.

A pesar de que por ella andaba, creo que ni con un mapa hubiera llegado a encontrarla. Sus calles eran infinitas, y sus rincones estaban repletos de bellas y gratas sorpresas donde poder pararte a respirar, con los ojos cerrados, como cuando queremos guardar algo que sabemos que desaparecerá.

Y así sin más, un día con un mal comienzo acabó de la forma más especial: pasando las horas con ella hasta que el sol nos decidió abandonar. Y reí, y rio; sonreí y sonrió. Y la risa da luz, pero la sonrisa da felicidad. La risa ayuda a conocer, pero la sonrisa traspasa el ser. La risa une y destruye, pero en la sonrisa sólo cabe el amar. Desde ese día, la empecé a querer, pero sólo como se puede querer de verdad; otro modo será lluvia ácida que quemará edificios que al final se destruirán. La quise ver feliz, la quise ver volar… La quise así porque no hay otra forma de amar. La quise así, porque así debía ser, no existía otra posibilidad. Porque algo tan bello, esa ciudad, necesita brillar.

Madre de bellas y lindas gentes doncellas, pucelanas todas ellas. Maternidad que me gustaría compartir y saberme transformadora de la obra en la que nos ha tocado vivir. Creación que irá más allá de lo que nosotras podamos ver. Porque la ciudad cambiará, tú cambiarás, y yo desapareceré; pero tu luz, tu luz, siempre quedará. Y a pesar de que me complacería poder verte siempre brillar, y ser quién te hiciese sonreír… Me complace del mismo modo saberte así.

Amanece en Valladolid. Una joven holandesa levanta la persiana de su pequeña habitación mientras bosteza. Es un espléndido día de mayo.

Sentado en un banco del paseo principal, un anciano se encuentra leyendo *El Norte de Castilla*.

Pasaban las horas y los minutos y los segundos mientras se afanaba en terminar otro texto que, como los demás, quedaría huérfano, usado como servilleta en la barra de algún bar.

De repente, me viene a la memoria una tarde, hace muchos años, en la que un sol de justicia castigaba sin compasión los tejados de la ciudad donde nació Delibes. Tú querías jugar al escondite en las calles que rodean la inacabada catedral.

Y yo, como alma libre que soy, que ni voy ni vengo, que ni tengo ni me falta, me dejé llevar, me dejé disfrutar...

Quise detenerte al atravesarme camino al Campo Grande; quise interrogarte, conocer el motivo de tus pequeñas y rápidas miradas a todos mis detalles. Tus ojos me recorrían, temerosos y tiernos a la vez; casi parecía que intentabas memorizar mis calles y mis edificios.

Anduve perdido. Y entonces lo comprendí.

Nunca pude responder a Manu Chao a la pregunta Quel heure est-il au Paradis?; y no por ello mandé todo a la mierda como aquel loco-maldito francés hiciera con la poesía.

Aborrecía la tristeza que desprendía su figura, lo patético de sus andares. Detestaba las emociones que tantos años le había costado adormecer y que le dolían sin que pudiese anestesiarlas.

Pero esta vez no se saldrá con la suya. Agárrate bien, hermano, agárrate bien a la barca y a la vida.